

dos de que el emperador le ha hecho donación (1).» Pero su padre se dispone á ir poniendo en sus manos, reino á reino, durante los últimos meses del año 1555, la totalidad de sus posesiones. Anúnciale sus propósitos de abdicación y lo llama á Bruselas.

Dispuesto á aprovechar esta ocasión para huir de Inglaterra, embárcase luego Felipe (2), siendo desgarradora para la pobre reina la escena de la despedida. María llora viendo á Felipe besar una á una á las damas de honor; luego bajar la escalera; y puesta de codos á una ventana sigue, en fin, con los ojos turbados por las lágrimas, la barca que se aleja por el Támesis (3). Si Felipe tiene la caridad de ocultar su prisa de

abandonarla, comete en cambio la torpeza de dejársela conocer á sus enemigos; los navíos franceses cogieron algunos días después las cartas que escribió en España (4). Nosotros no las tenemos ya, pero el protonotario Noailles, que las leyó en Fontainebleau, avisa á su hermano que según aquellas cartas, la reina hechizó tanto á aquel buen mozo de príncipe, su marido, que le había hecho creer, por espacio de un año entero, que estaba en cinta para retenerlo á su lado; por lo cual se halla ahora tan confuso y corrido que ha deliberado no volver, prometiendo á todos sus criados que, si puede verse otra vez en España, no saldrá de ella en tan mala ocasión.

### CAPÍTULO III

#### RIVALIDAD ENTRE FELIPE II Y ENRIQUE II.—1555-1559

ABDICACION DE CARLOS V.—GUERRA CONTRA LA SANTA SEDE.—DECLÁRASE INGLATERRA CONTRA ENRIQUE II.—BATALLA DE SAN QUINTIN.—PÉRDIDA DE SAN QUINTIN.—TOMA DE CALAIS.—CONFERENCIAS DE CERCAMP.—MUERTE DE MARÍA TUDOR.—PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.—VANIDAD DE LOS PROYECTOS DE CONCIERTO CONTRA LA HEREJÍA.

##### I.—Abdicación de Carlos V

Tiempo hacia que Carlos V estaba preparando su retiro al monasterio de Yuste, y cuando llegó Felipe á los Países Bajos, acababa él de convocar á la nobleza y á los diputados de las ciudades para la solemne ceremonia de su abdicación en Bruselas.

Esta renuncia del poder hubo de ser motivada por la senectud precoz que consumía al grande emperador. Después de haber removido á Europa y dirigido la conquista de América, el hombre se sentía desfallecer, reconocíase impotente para el gran trabajo de gobernar tales y tantos Estados en medio de la multitud innumera de peligros interiores y de enemigos muy á menudo afortunados. No tenía, sin embargo, mas que cincuenta y cinco años; pero los hombres de guerra envejecían presto en el siglo XVI: los excesos de fatiga durante las campañas ó los viajes y la privación completa, ó poco menos, de higiene,

(1) Felipe á Granvela, 4 de julio de 1555. «Conviene á la defensa de los Estados de que S. M. me ha hecho merced.»

(2) El 29 de agosto de 1555.

(3) Todos estos pormenores están anotados por un testigo, Giovanni Michieli, carta al dux, del 3 de setiembre de 1555.

gastaban rápidamente los temperamentos más robustos. Francisco I y Claudio de Guisa estaban decrepitos á los cincuenta años; Brisac á los cincuenta y siete, quebrantado de achaques, sólo arrastraba días de doliente ancianidad (5). Hubiérase podido creer que Carlos V se eximiría de esta ley, como el condestable de Montmorency, por el vigor de su constitución: había sido el primer jinete de su tiempo (6) y se había hecho notable en los circos lidiando toros (7); pero desde la edad de treinta años, comenzó á molestarle la gota (8), cuyos ataques se hicieron luego muy frecuentes y le obligaron á permanecer encerrado, á negarse á dar audiencias y á mirar con repugnancia la más ligera aplicación á cosas serias. Hasta hubo de estar una vez nueve meses sin poder firmar, lo que revelaba una gran postración intelectual (9), especialmente para

(4) Correspondencia de Noailles, tom. V, pág. 136.

(5) Brantome, *Hombres ilustres*. Véase también Guill. de Rochecouart, *Memorias*, pág. 604; dice que se vió obligado á dejar el servicio del rey á los cincuenta y ocho años á causa de su vejez.

(6) Vera y Figueroa, *Epítome de Carlos V*, pág. 262.

(7) Relaz. ven. Marino Cavalli, y Contarini. (Alberi, serie primera, tom. II, pág. 60 y 212.)

(8) *Sepúlveda*, tom. II, pág. 528.

(9) *Ibid.*, pág. 539, Matriti, 1780. «Non sine suspitione mentis imminuitæ.»

aquellos que veían de cerca la acumulación de expedientes y la urgencia de las decisiones. Bien probó cuán poco habitual le había sido esta inercia recordando á los caballeros del Toison de oro, cuando les hizo reconocer á su hijo Felipe, como gran maestre (1) de la orden, que había ido nueve veces á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y otras dos á Africa: luego anunció su último viaje para ir á sepultarse á Yuste (2).

Tres días después se consumó este acto de su abdicación (3). De pié, apoyado en el hombro del joven príncipe de Orange, teniendo á su lado

á sus dos hermanas, María, reina de Hungría, y Leonor, reina de Francia, resumió en francés á los flamencos reunidos sus cuarenta años de reinado, sus batallas, sus luchas contra los musulmanes, su gran necesidad de reposo. Volvióse luego á su hijo y «Temed á Dios, le dijo, buscad la justicia, respetad las leyes, protegéd la fe.» Y fué interrumpido por los sollozos de todos los circunstantes: él mismo se enterneció y se sentó quebrantado por la emoción.

«Señores, dijo entonces Felipe, que había conservado toda su serenidad, quisiera saber hablar mejor la lengua de este país (4) á fin de haceros comprender perfectamente el afecto y



Moneda de Felipe II (ducado de Milan)

estimación que os tengo; pero como no sé expresarme tan bien como sería necesario, cedo la palabra al obispo de Arras que lo hará por mí (5).» El obispo leyó un discurso, la reina de Hungría dimitió el gobierno de los Países Bajos que venía ejerciendo de veinte años atrás y volvieron á comenzar los llantos. Los flamencos que veían partir á un príncipe nacido y criado entre ellos, conocedor de sus intereses, acostumbrado á escuchar á su aristocracia, tuvieron como un presentimiento de los males que les reservaba el nuevo reinado. Se tranquilizaron, sin embargo, por la solemidad y repetición de los juramentos que prestó el joven soberano, pues cada provincia hubo de hacerle jurar el respeto de sus leyes especiales: el Henao, por ejemplo, no lo reconoció por su conde sino después de haberlo

(1) Mignet, *Carlos V, su abdicación, su retiro*, pág. 97.

(2) El poeta español Espronceda (*El Diablo-mundo*) dice también:

*Y es la historia del hombre y su locura  
una estrecha y hedionda sepultura.*

(3) El viernes 25 de octubre de 1555. Véase el acta oficial. *Doc. inéd.*, tom. VII, pág. 524; y Granvela, tom. IV, pág. 486. No puede haber ya duda sobre la fecha.

(4) Noailles, tom. III, pág. 310, había notado ya que Felipe mal que bien comprendía el francés, pero no lo hablaba. Después se verá cómo escribía Felipe de su puño y letra en las cartas francesas: «Hágaseme una versión en castellano.»

(5) Leti, lib. X, pág. 242.

visto jurar «en presencia de los señores de sus Estados y de las reliquias de santa Wauldrud y de las religiosas del capítulo de santa Wauldrud y poniendo la mano en la cabeza y en el cuerpo de santa Wauldrud, que defendería y guardaría las franquicias, privilegios y usos de las iglesias, nobles y buenas ciudades, y á todos los de este país guardaría y mantendría por la ley y juicio de los pares y hombres de feudo y por los puntos contenidos en sus constituciones» (6).

El 16 de enero siguiente (7), Carlos V hizo renuncia de las coronas de Castilla y Aragón. Conservó sin embargo el título de emperador dos años más (8), y pudo antes de embarcarse ratificar una tregua de cinco años ajustada en Vaucelles con Francia. Sus manos trémulas y entorpecidas por la gota apenas pudieron romper el sello de las cartas del rey Enrique II, que le llevaba Coligny (9); con todo, había querido organizar por sí mismo los preparativos necesarios para solemnizar este acto que dejaba

(6) *Com. roy. d'hist.*, tom. IV, de 1852, pág. 353.

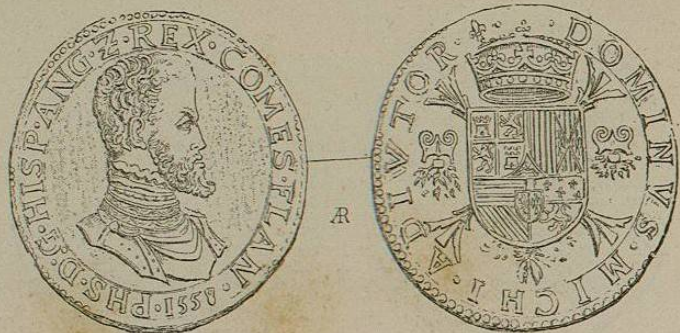
(7) El 16 de enero de 1556.

(8) Hasta el 28 de febrero de 1558. Este retardo fué debido sobre todo á los trámites exigidos por la Dieta para proceder á la elección del nuevo emperador Fernando. (*Doc. inéd.*, tom. II, pág. 421. Carta de Fernando á Felipe, 24 de mayo de 1556.)

(9) Mignet, *Carlos V, su abdicación*, pág. 114.



á su hijo las probabilidades de reinar en paz y reconstituir su hacienda. Tuvo también la vanidad de adornar la sala en que fueron introducidos los enviados franceses, con tapices que representaban la batalla de Pavía y escenas de la prision de Francisco I. A vista de esto, el bufon de Enrique II, Brusquet, que seguía á Coligny, corrió á buscar un saco de escudos y arrojó las monedas á los guardias que rodeaban al emperador y al pueblo gritando ¡Largueza! y los vió á todos disputárselas olvidando los respetos del lugar y del mismo emperador. «Esta farsa fué hecha con tal destreza que los concurrentes, que eran más de dos mil entre hombres y mu-



Moneda de Felipe II (condado de Flandes)

Padre Santo. El anciano pontífice Julio III, aquejado de las mismas dolencias que el emperador, había querido combatir su gota con el hambre; pero sólo consiguió matarse á sí mismo (2). El conclave le dió por sucesor á Marcelo II, santo que había anunciado en el momento de su advenimiento su intención de corregir abusos. Veintidós días después, estaba también en el sepulcro por haber cortado y abolido tantas superfluidades de grados y honores (3). Fué reemplazado por Paulo IV, napolitano que llevó al solio pontificio sus resentimientos contra la dominación de los españoles en su patria. Desde su advenimiento comenzó á hacer negociaciones en París para que se rompiera la tregua de Vaucelles. Simon Renard fué el primero que se alarmó (4), porque «la mayoría de los capitanes franceses licenciados han llegado á la corte y ya me han contado que se ha descubierto una práctica que tenían en Italia.»

Pero romper una tregua apenas ajustada, reanudar una guerra antes de que la paz haya reparado los estragos de la precedente, acometer

(1) Memorias de Ribier.  
(2) Leti, *Vita di Filippo II*, lib. X, pág. 235.  
(3) Rabutin, *Comentarios*.  
(4) Mayo de 1556.

se arrojaron codiciosamente, á recoger escudos, llegando los arqueros de la guardia hasta á amenazarse con sus alabardas: la multitud entró en tal confusión, que las mujeres salían desgredadas de la porfía en que sin distinción de sexos rodaron por el suelo (1),» con gran despecho del emperador y de su hijo.

El 13 de setiembre siguiente se embarcó el emperador en Flesinga y dejó á Felipe II encargado de la soberanía.

#### II.—Guerra contra la Santa Sede

Inesperadas dificultades comenzaban ya á surgir. El nuevo enemigo no era sino el mismo

las posesiones españolas sin pretexto ni otra alianza que la de un papa de ochenta años, eran actos de temeridad y mala fe que hacían vacilar á Enrique II. «El condestable que ve el porvenir, que conoce interiormente los negocios del rey de Francia, y no desconoce el estado de su hacienda, y la pobreza del reino, lo inclina á desear la paz» (5). Esta oposición de Montmorency es vencida por una embajada de un sobrino del papa, antiguo jefe de banda, promovido súbitamente á cardenal. Renard aconseja apoderarse de este negociador á su vuelta á Italia: «si se pudiera sorprender al dicho Caraffa al pasar otra vez por Marsella, sería una gran cosa» (6). Felipe se limita á conservar á los prisioneros franceses de la última guerra destinándolos á galeras (7): los desdichados no saldrán de ellas. Después no tiene escrúpulos en prohibir la publicación de las bulas pontificias. Ningún breve de la Santa Sede podrá en adelante penetrar en sus Estados sin su *regium exequatur*: las tentativas de infracción serán severamente reprimidas, pues escribe á su hermana Juana que gobierna á España en su nombre, para que sean apresados todos

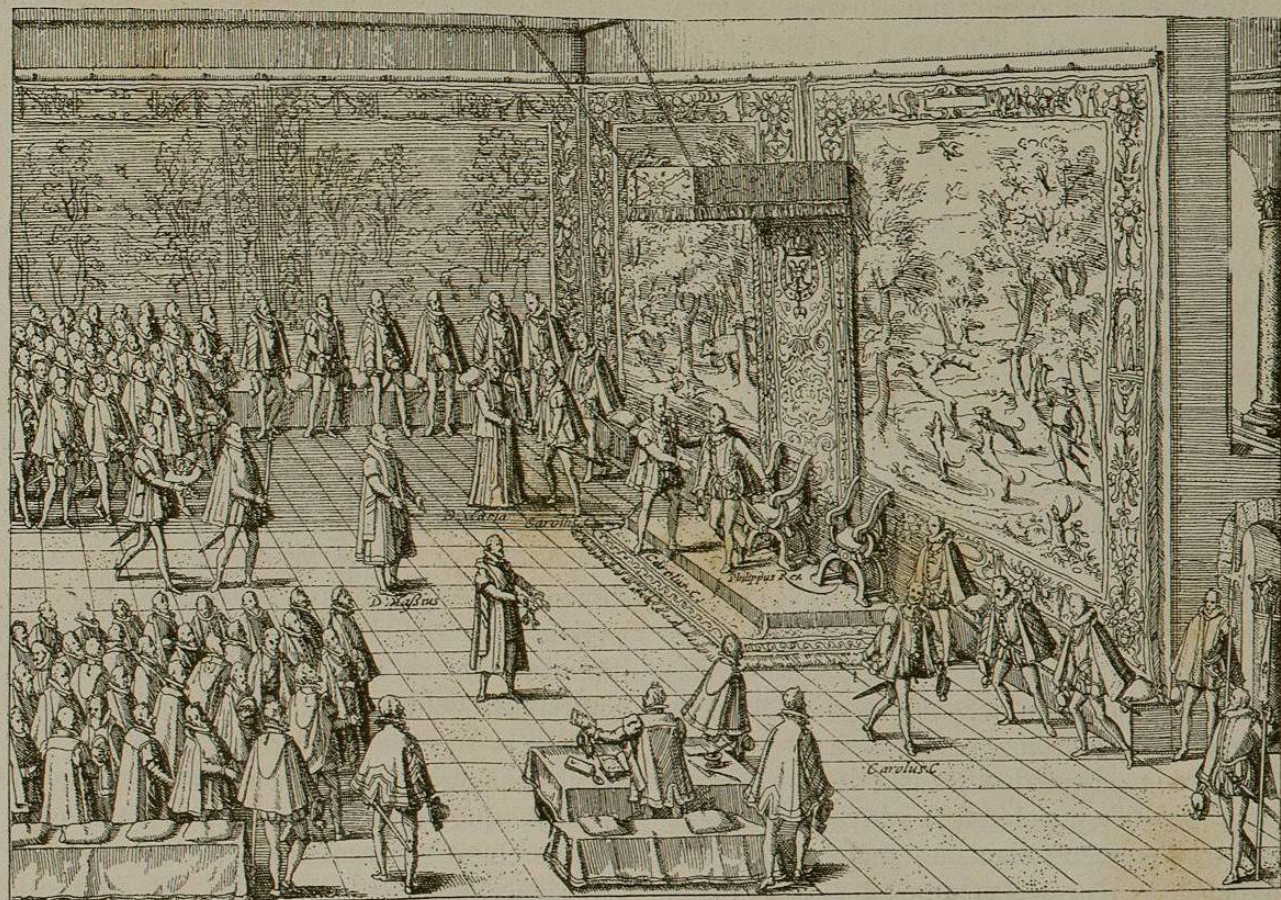
(5) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 595.  
(6) *Ibid.*, pág. 619.  
(7) *Ibid.*, pág. 631.

los barcos que arriben de Roma, ocupadas todas las cartas que traigan y castigados ejemplarmente los que sean portadores de bulas (1).

«El rey hasta ahora ha disimulado y sufrido muchas ofensas de Vuestra Santidad,» escribe al mismo tiempo el duque de Alba, á quien ha encargado de defender el reino de Nápoles (2). —¿Qué quiere hacer el rey vuestro amo?» pro-

cure decir aún Montmorency (3).—¿Quiere derribar de su silla á ese pobre anciano? ¿Lo quiere hacer prisionero, como se hizo con el papa Clemente?—Y añade Simon Renard: En esto hay poco provecho para Vuestra Majestad, pues no quiere hacerse papa ni agrandar sus Estados con el patrimonio de la Iglesia.

Nada más desastroso, en efecto, para Feli-



Abdicación de Carlos V en Bruselas (copia de un grabado en cobre de F. Hozenberg)

pe II que una guerra con la Santa Sede en una época en que la Reforma parece amenazar á la vez á la autoridad del papa y á la de los príncipes: todos los proyectos de asociación entre los poderes constituidos, contra los partidarios de las nuevas ideas, quedan aplazados. ¿Con qué derecho presentarse como el jefe militar del partido ortodoxo estando en pugna con el jefe espiritual? El impetuoso Paulo IV manda incoar ya en la curia eclesiástica el proceso del rey de España, llama á los italianos á la libertad y predice «que los españoles perderán sus pose-

siones y que Italia será emancipada» (4). El rey de Francia, por su parte, toma al fin partido abiertamente por el papa y le escribe (5): «Tendréis en nuestro lugar á nuestro primo el duque de Guisa, portador de esta, y que nos representará como nuestra misma persona.»

Felipe á su vez se proveyó de una consulta en toda forma, firmada por sus teólogos, para tener la facultad de defender sus Estados napolitanos y retener en los demás las rentas de la Santa Sede; obtuvo además la aprobación de su padre, que en el fondo de su retiro declaró los derechos de España incontestables y justificados á los ojos de Dios y del mundo; y á Felipe no

(1) Cabrera, tom. I, pág. 79, carta del 10 de julio. «Si por ventura entre tanto viniese de Roma algo que tocase á esto, conviene que no se guarde ni cumpla, ni se dé lugar á ello. Y para no venir á esto, haya gran cuenta y recato en los puertos de mar y tierra y que se haga grande y ejemplar castigo en las personas que las trujeren.»

(2) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 666, carta del duque de Alba al papa, 21 de agosto de 1556.

(3) Papeles de Estado de Granvela, carta de Simon Renard del 27 de setiembre de 1556.

(4) Relaz. ven. Bernardo Navajero. «Perderebbero li stati et saria l'Italia liberata.»

(5) Ms. Bibl. nac. fr. 3,124, f.º 12. Esta carta, muy curiosa, añade: «Os suplicamos le hableis francamente de todo... como hariais con la persona que le ha hecho entera revelacion de todas sus intenciones.»



responsable de los daños que han de venir, porque forzoso será recurrir al remedio supremo (1). Un empréstito levantado en casa de los banqueros Fugger, de Amberes (2), proveyó de los caudales necesarios, lo que no impidió que el duque de Alba mandara fundir las campanas de las iglesias y conventos de Nápoles para hacer cañones (3).

Verdad es que los escrúpulos religiosos preocupaban tan poco á Enrique II, y aún al mismo Paulo IV, que privados de la alianza de Venecia por las intrigas del nuevo emperador Fernando (4), no vacilaron, por su parte, en solicitar la del gran Turco contra el rey Católico. Enviaron, pues, á Juan de la Vigne á la Puerta á decir al Gran Señor si le parecía bien despachar un buen número de galeras y bajeles (5).

Una expedición marítima contra cristianos parecía siempre bien en Constantinopla, y muy luégo vinieron á amenazar las posesiones españolas en Orán algunos navíos turcos (6), mientras una escuadra considerable se presentaba en las aguas de Nápoles, cautivaba en Sorrento mil quinientas personas y toda una comunidad de religiosas (7), haciéndose luégo á la vela con rumbo á Trípoli. Trípoli era el refugio de los caballeros de San Juan, expulsados de Rodas. Despues de una heroica defensa, los fuertes de aquella plaza fueron tomados por asalto y perdidos para la cristiandad. La isla de Menorca fué luégo invadida y asolada (8), y la escuadra turca, tan criminalmente llamada, reapareció el año siguiente en las costas de Italia, desembarcó tropas que tomaron á Reggio, Salerno y Sorrento, y no evacuaron estas ciudades hasta haber sacado de ellas ocho mil cautivos (9).

Las hazañas del duque de Alba no eran, por otra parte, ménos funestas á las poblaciones de Italia. Anagni, la primera ciudad que atacó, recibió la intimación de rendirse al *futuro papa*, y habiendo intentado defenderse, fué tomada por asalto y entregada á un pillaje tan feroz, que la plaza fuerte de Tívoli hubo de abrir sus puertas para evitar estragos semejantes. Apo-

(1) *Legajo de Yuste*, citado más léjos, el emperador á Vazquez, 8 de agosto de 1557. «Forzado será usar del último remedio.»

(2) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 94.

(3) *Doc. inéd.*, tom. XXIII, pág. 158.

(4) *Ibid.*, tom. II, pág. 247, Fernando á Felipe, 21 de octubre de 1556.

(5) *Negociaciones en Levante*, tom. II, pág. 364. Instrucciones del 13 de noviembre de 1556, donde se dice: «El Padre Santo me ha invitado á darle ayuda.»

(6) *Cabrera*, tom. 1.º pág. 98.

(7) *Ibid.* pág. 221.

(8) *Ibid.* pág. 226.

(9) *Leti*, lib. XIII, pág. 301.

deróse luégo de Ostia el duque y privó á Roma de sus comunicaciones marítimas. Era ya tiempo de que llegaran los franceses: el duque de Alba, que había mandado un cuerpo de ejército en el sitio de Metz y conocia la aptitud militar del duque de Guisa, retrocedió á su aproximación, evacuó los Estados de la Iglesia y se decidió á quedar á la defensiva para fatigar el arranque de sus nuevos adversarios. El duque de Guisa vengó en los habitantes de Campli los daños sufridos por los de Anagni, y luégo puso cerco á Civitella.

Esta poblacion coronaba una altura y estaba fortificada con muros flanqueados de torres. Los ataques de las ciudades no dan hoy ninguna idea de lo que eran en el siglo XVI. Actualmente las murallas están al nivel del suelo, la poblacion, la ciudad queda casi invisible y á cubierto, los asaltantes se mantienen siempre léjos: las plazas del siglo XVI, al contrario, ostentaban á la vista del sitiador, casi al alcance de su mano, muros cargados de garitas, caminos almenados, torreones macizos y elevados. Carcassonne y Aigues-Mortes han conservado esta arquitectura militar. Irritábanse más en aquella lucha del brazo humano contra la piedra, y más y más se enardecían á la idea de la embriaguez del asalto y de la fiebre del saqueo. Pero si la resistencia se prolongaba, un desaliento contagioso enfriaba el ardor de los sitiadores, que dormían en el duro suelo, carecían de víveres y sucumbían al fin víctimas de las privaciones y enfermedades. El duque de Guisa no tardó mucho en observar los primeros síntomas de abatimiento en su ejército que se fatigaba en asaltos contra Civitella, y no vaciló en levantar el sitio y en presentar la batalla al duque de Alba. «Conociáanse ambos á dos por muy buenos motivos, y por eso Mr. de Guisa no le temía allí ni en ninguna parte. Cuando dos grandes capitanes se han probado una vez en tales encuentros, el que ha llevado la peor parte teme con razon el segundo choque (10). El duque español temió comprometer en una sola jornada la suerte del rey de Nápoles «y con sus dilaciones y entretenimientos nos hizo gastar la pólvora en salvas.»

Durante estas provocaciones, no recibía el duque de Guisa víveres ni refuerzos del papa; sólo sabia que el anciano pontífice exhalaba su cólera en palabras violentas contra los españoles y en protestas sobre la gloria del martirio. «Yo que deseo estar con Jesus, decia, espero

(10) *Brantome*.

sin temor la corona de los mártires.» A esta noticia exclamaba el jóven general: «Yo amo mucho á la Iglesia de Dios; pero nunca acometería ninguna empresa ni conquista, fiado en la palabra y fe de un clérigo» (1).

Muy luégo el de Alba envalentonado, oculta su marcha al ejército francés y se adelanta temerariamente hácia Roma. Dispone al efecto que sus soldados se pongan una camisa sobre su armadura para que se reconozcan en la oscuridad de la noche; y pretende nada ménos que renovar las hazañas del condestable de Borbon. «Sospecho que vamos á entrarla á saco,» hubo de decir á su hijo (2). Pero una súbita tempestad y la lluvia que empapa los caminos defraudan sus cálculos y esperanzas, pues no llega ante los muros de la ciudad eterna sino cuando ya amanecía. Su aproximación es notada y luégo al punto chisporrotean en las almenas las mechas de los arcabuces, y de allí á poco sale á la escapada por una puerta un grupo de jinetes que corren á prevenir á los franceses acampados en Tívoli. Reconocen los soldados españoles que han perdido la ventaja de la sorpresa y comienzan á inquietarse por el sacrilegio, repitiéndose la leyenda de los antiguos soldados de Borbon: Todos los paisanos nuestros, que se hallaron en el saqueo de Roma, han tenido un fin desastroso (3). Menester es ordenar la retirada ántes de que llegue el duque de Guisa (4).

Este golpe en vago habria podido ser funesto al duque de Alba, si su adversario no hubiera recibido en aquel momento la órden de regresar á toda prisa con su ejército para defender á Paris. La suerte de la nueva lucha empeñada entre Francia y España se decidía en nuestro territorio; el duque de Guisa debió embarcarse para traernos la fortuna, dejando á la república de Venecia el cuidado de reconciliar á Paulo y á Felipe. El duque de Alba entró en Roma no ya como vencedor, sino como penitente: fingió implorar y obtuvo su absolucion; y á cambio de pueriles satisfacciones obtuvo del malhumorado anciano el aislamiento de Francia contra las fuerzas coligadas de Europa.

### III.—Declárase Inglaterra contra Enrique II

Fué este uno de los momentos más críticos de nuestra historia. Felipe II se había aprove-

(1) *Brantome. Vida de María, reina de Hungría*. Son poco más ó ménos las mismas expresiones que reproduce Leti, lib. XII, pág. 279: «Che pazzi erano quei principi che si fidavano á preti.»

(2) *Antrea, Guerra de Roma*, pág. 312.

(3) Relaz. ven. Bernardo Navajero.

(4) El 26 de agosto de 1557. Véanse sobre esta campaña Andrea, *Guerra de Roma*, obra confusa y prolija, y la relacion de Bernardo Navajero.

chado de los meses en que todos nuestros hombres de guerra se alejaban con el duque de Guisa al seno de Italia, para organizar contra nosotros un ejército formidable.

Observando que era inminente la guerra con Francia, su primer pensamiento fué para su esposa, á quien había olvidado desde el momento en que creyó que la alianza inglesa no sería ya útil á su política; pero en cuanto conoció la necesidad de reunir auxilios en navíos y gente de guerra que podían prestarle los ingleses, se embarcó para Lóndres, no sin algunos recelos sobre la acogida que le esperaba.

Durante los veinte meses que había pasado en Bruselas desde su salida de Inglaterra (5), con objeto de recoger las coronas de su padre y negociar la tregua con Francia, había conservado sus hábitos de amoríos: la reina María no los ignoraba y «por haber oido decir que el dicho señor rey se entretenía con damas más jóvenes que ella, había caído en una profunda alteración» (6). A veces también se dejaba llevar de una gran desesperación, «estando poseída de continuo furor por no poder gozar de la presencia de su esposo» (7). Pero se guardaba muy bien de decir nada á Felipe y le expresaba en sus cartas la más humilde sumisión, aún cuando se esforzaba en violentar sus sentimientos. Instada por él para que casara á su hermana Isabel con Filiberto, duque de Saboya, comienza María por tímidas súplicas (8): «Señor, de la manera más humilde que me es posible; siendo, como soy, vuestra más leal y obediente esposa, teniendo un marido como Vuestra Alteza, suplico con toda humildad á Vuestra Alteza sea servido de diferir este asunto hasta vuestro regreso...» Interrúmpese aquí, preguntándose los motivos secretos de este casamiento, el interés que puede tener Felipe en atraer á su corte á la jóven princesa; recuerda las misteriosas entrevistas de su esposo con su hermana y la constante protección que siempre le ha dispensado. Alármase y añade: «de lo contrario, tendria celos de Vuestra Alteza, lo cual sería para mí peor que la muerte, porque he comenzado ya á sentir grandes inquietudes».

Pero estos mismos celos todavía daban estímulo á su pasión: la reina desdeñada no sabia hablar más que de su esposo ausente ó del hijo que se le había negado; pasaba los días enteros

(5) Agosto de 1555.—Marzo de 1557.

(6) Col. de Vertot, tom. V, pág. 172. Carta de Noailles de 22 de octubre de 1556.

(7) *Ibid.* Carta del 7 de mayo de 1556.

(8) Ms. Record office. Esta carta se encuentra en la colección Cotton, Titus B. 2, n.º 57.